

agradecerá ella que lo mostreis á su Hijo Dios, á quien tiene un amor sin comparacion mas grande del que tienen todas las madres del mundo á sus hijos? No dudeis que este amor de Dios es la principal prueba que ella os exige de la sinceridad de vuestra devocion.

Mas para que vuestra devocion sea cabal y perfecta, es necesaria una diligencia regular en obsequiarla con actos de religion. No es posible que yo haga aquí una enumeracion exacta de todos los actos que podeis hacer en obsequio suyo; porque estos son tantos, cuantas son las acciones que rinden culto: me bastará insinuar algunos que por de pronto me ocurren. Elegirla por madre con alguna solemnidad, es decir, despues de haberse dispuesto con una confesion santa y una comunion fervorosa; acudir á ella con confianza en cualquiera tribulacion ó necesidad; rezarle cada dia su santo Rosario; visitar alguna imágen suya siempre que se vaya á la iglesia; prepararse devotamente para confesar y comulgar en sus principales solemnidades; mortificarse algunas veces por su amor, especialmente con abstenerse de las faltas acostumbradas; procurar insinuar su devocion á los amigos, á los domésticos y dependientes; hé aquí unos actos que honran mucho á María, y que pueden hacerse sin gran trabajo ni dificultad.

Haya en vosotros una voluntad pronta á honrarla, con absteneros del pecado, con imitar sus virtudes, y con tributarle los actos de obsequio que acabo de indicar, y de este modo seréis contados en el número de sus verdaderos devotos, seréis acogidos debajo del manto de su proteccion, experimentaréis sus bondades en la vida presente, y en la otra seréis compañeros de su gloria. Amen.

FIESTA DEL CORPUS.

El cura ha de procurar que esta festividad se celebre en su parroquia con todo el esplendor y solemnidad posible, conforme á lo que canta la Iglesia en el Oficio del mismo dia: Quantum potes, tantum aude: quia major omni laude, nec laudare sufficis. Mas todo este aparato de religion de nada serviria, si el pueblo no lo presenciase con una fe viva, con un amor tierno, y con un sincero reconocimiento. ¿Qué aprovecha lucir en tal dia los mejores ornamentos, y hacer ostencion de cuanto la naturaleza da de mas rico, y de primoroso y perfecto el arte, si, como ordinariamente sucede, los cristianos conservan el corazon helado y el alma insensible respecto al tierno y sublime misterio de la Eucaristía, en cuyo honor se emplean aquellas cosas? Mas agradaria á Jesucristo un culto sencillo y pobre, pero acompañado de religion y piedad, que esos cultos magníficos y solemnes, presenciados por gente sin religion y sin fe. Y por nuestra parte aseguramos, que con mas gusto asistiríamos á una de aquellas fiestas sencillas en que los fieles de la China veneran llenos de fe y amor á Jesucristo en una pequeña basílica formada de ramas de árboles, que á estas fiestas solemnes y fastuosas, en que Jesucristo se ve rodeado de gran magnificencia material, pero expuesto á los desaires y groserías de un pueblo indiferente é indevoto.

Por esto el gran cuidado del cura, al anunciar la fiesta del Corpus en el domingo de Trinidad, ha de ser despertar la fe de sus feligreses en orden al augusto Sacramento de nuestros al-

tares, poniéndoles á la vista los fines que ha tenido la Iglesia en consagrarle esta festividad, y en querer que sea una de las mas principales del año. Estos fines han sido, honrar á Jesucristo siempre presente en nuestras iglesias para ser nuestro compañero y nuestra comida; darle una muestra de su agradecimiento por la inefable bondad con que instituyó este adorable Sacramento, del cual tantas gracias y favores fluyen perennemente para ella y para sus hijos; ofrecerle una satisfaccion pública y solemne por tantos ultrajes como recibe, ya por parte de los herejes que niegan su real presencia en la Eucaristía, ya por parte de los malos cristianos que le ultrajan con todo género de irreverencias y sacrilegios. Haga el cura que sus feligreses se penetren bien de estas cosas; incúlqueles el respeto, la piedad y el fervor con que deben asistir á las funciones del Corpus, y desaparecerá de su parroquia, si no en todo, en gran parte, esa indiferencia y frialdad que hoy día se nota respecto al santísimo Sacramento, y que es una prueba mas de la decadencia de nuestra fe, y del espíritu de impiedad que trabaja á nuestro siglo.

Hecho esto, ya que la ocasion le brinda, aprovéchela para extender un poco mas sus instrucciones, y hablar á sus ovejas sobre la frecuencia de los Sacramentos, la visita al Santísimo, y la comunión espiritual. Tememos que estas cosas parecerán á mas de un párroco demasiado místicas para inculcarlas al simple pueblo; pero les aseguramos que si logran introducir estas prácticas en sus parroquias, podrán decir que les han enseñado la verdadera ciencia de la salvacion, y que están al frente de un pueblo de predestinados. Para inspirar á los fieles el amor y veneracion á Jesús sacramentado, podrán los curas echar mano de los sermones que á continuacion insertamos.

¿Qué seria de nosotros sin el Sacramento del altar?

Exulta, et lauda habitatio Sion :
quia magnus in medio tui sanctus
Israel. (Isai. xii, 6).

Estas son las palabras con que el profeta Isaías convidaba á su pueblo á celebrar anticipadamente la venida del Salvador al mundo. Alégrate, pueblo privilegiado, le decia, *Exulta* : entona cánticos de alabanza, pueblo que habitas en Sion, *Lauda habitatio Sion* : porque en medio de tí establecerá su morada el gran Dios de Sabaot y el Santo de Israel : *Quia magnus in medio tui sanctus Israel*. Con mas razon que Isaías puedo yo deciros en este dia : Alégrate, pueblo cristiano ; *Exulta* : prorumpes en cánticos de alabanza, pueblo mas escogido que el de Sion ; *Lauda habitatio Sion* : porque en medio de tí ha fijado su residencia el Salvador del mundo y el consuelo de Israel ; *Quia magnus in medio tui sanctus Israel*.

No se ha contentado este bondadosísimo Salvador con unirse á nuestra naturaleza en el misterio de la Encarnacion, ni con redimir nuestras almas muriendo sobre una cruz ; sino que ha querido quedarse sobre nuestros altares, para hacernos compañía en nuestro destierro, para ver de cerca nuestras necesidades, para dispensarnos á todas horas sus favores, y hacerse el alimento espiritual de nuestras almas. ¡Qué dicha tener á Jesucristo tan cerca de nosotros! ¡Qué felicidad poder acudir á él en todas las horas y en todos los momentos! ¿Y qué seria de nosotros si no leuviésemos sobre nuestros altares? ¡Ah! si Jesucristo una vez consumada la obra de nuestra redencion, se hubiese ausentado á los cielos sin instituir la sagrada Eucaristía, el dia de su gloriosa Ascension seria para

nosotros el día mas triste y lúgubre del año, porque seria el aniversario de aquel día en que quedáramos en esta miserable tierra como hijos sin padre, como vasallos sin rey, como discípulos sin maestro, y como ovejas sin pastor. Y entonces ¿qué seria de nosotros? Lo que seria es precisamente lo que vengo á manifestaros, para que deis mil gracias á Jesucristo, le entoneis mil cánticos de alabanza por haber establecido su morada en medio de nosotros: *Exulta, et lauda habitatio Sion: quia magnus in medio tui sanctus Israel.*

Supongamos, cristianos, que Jesucristo, luego que hubo concluido la obra para la cual su divino Padre le envió al mundo, se hubiese vuelto al cielo, sin cuidarse de instituir el augusto Sacramento del altar. ¡Ay en qué triste desamparo hubiéramos quedado! ¡De qué soledad y tristeza estarían poseidos nuestros corazones! ¡Qué desconsuelo seria el nuestro! Incesantemente levantaríamos á lo alto nuestros ojos, de continuo preguntaríamos á los cielos por nuestro Dios, y apostrofándoles tiernamente como los antiguos patriarcas, les diríamos: *Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum*¹: ó cielos, que nos robais al que hacia toda nuestra felicidad en este valle de lágrimas; ó nubes, que nos ocultais al que ama nuestra alma; ¿para qué fue el dárnosle, si tan pronto nos le habíais de quitar? Ablandaos, cielos insensibles; derretíos, nubes ingratas; y volvednos cuanto antes á nuestro amado Salvador: *Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum.* Mientras nos priveis de su dulce compañía, mientras no le tengamos con nosotros, nuestro llanto será continuo, nuestro dolor será extremo, nuestra amargura no tendrá igual.

¹ Isai. XLV, 8.

Así nos lamentaríamos, amados míos, en la tristísima suposición de que Jesucristo no se hubiese quedado con nosotros; y por cierto que tendríamos harto motivo para lamentarnos así, porque nos sucederia lo mismo que acontecia al desconsolado David, á quien, como él mismo asegura, era causa de continuo llanto el preguntársele á todas horas dónde estaba su Dios, y no saber él qué contestar á esta pregunta: *Fuerunt mihi lacrymæ meæ panes die ac nocte, dum dicitur mihi quotidie: Ubi est Deus tuus*¹? Sí, continuamente nos molestarían las criaturas todas con esta pregunta importuna: ¿Qué habeis hecho de vuestro Dios?— ¡Ah! habríamos de responderles, nuestro Dios, despues de haber honrado por espacio de treinta y tres años á la tierra con su presencia, se ha retirado de ella, dejándola cual viuda privada de su marido, cual hija abandonada de su padre, cual esposa repudiada de su consorte. De día y de noche le estamos buscando, sin que jamás tengamos el consuelo de hallarle: *Per dies ac noctes quæsiui quem diligit anima mea: quæsiui illum, et non inveni*². Buscámosle en el tabernáculo, y no está: buscámosle en el templo, y no parece: buscámosle entre los sacerdotes y levitas, y nada saben decirnos de él: *Quæsiui illum, et non inveni.* ¡Qué dolor! Los justos quisieran ofrecerle su corazón, y no saben dónde para: los pecadores desearían reconciliarse con él, y no conocen cuál es el lugar de su residencia: los afligidos buscan su asistencia, é ignoran á dónde han de dirigirse: *Quæsiui illum, et non inveni.* ¿Cabe situación mas triste? ¿Cabe estado mas deplorable?

Tal vez vosotros, oyentes míos, no comprendéis bien toda la importancia de las reflexiones que acabo de hacer, mas por medio de otra suposición tal vez conseguiré que la compren-

¹ Psalm. XLI, 4. — ² Cant. III, 1.

dais. Suponed que Dios en castigo de vuestras culpas manda á los eclesiásticos que, tomando el augusto Sacramento del altar y todo cuanto sirve para su culto, lo lleven á tierras lejanas, ausentándose por siempre de vosotros. ¡Qué escena tan triste va á abrirse á vuestros ojos! Héos aquí que, reuniéndonos todos en este santo templo, y tomando cada cual lo que es propio de su órden, comenzamos á despojarlo de sus adornos y en breve lo dejamos poco menos que si lo hubiesen saqueado. Los acólitos se apoderan de los candeleros y vinajeras, los subdiáconos de los misales y de las cruces, los diáconos de los cálices y copones, los sacerdotes de las aras y de los ornamentos, y finalmente, tomando el mas antiguo el venerable Sacramento del altar, salimos todos en procesion. *Procedamus in pace*, marchemos en nombre del Señor. Pueblo cristiano, adora por última vez á tu Dios sacramentado: hijos de la Religion, acompañad hasta fuera de los muros al Dios que se ausenta para siempre de vosotros. Almas piadosas, ya no le recibiréis mas en vuestro interior: corazones inocentes, ya no le adorareis mas sobre estos altares: enfermos y moribundos, ya no entrará mas en vuestros aposentos. ¡Ay qué afliccion! ¡ay qué desconsuelo! Volveis despues á este templo, y hallais que en él todo llora, todo gime, todo respira tristeza y soledad. Los altares desnudos... las luces apagadas... el coro silencioso... el sagrario desierto y abandonado... ¡ay dolor! ¡ay desgracia! Ya no se oye aquel majestuoso sonido de las campanas que llamaba al pueblo al sacrificio, ya no se perciben aquellos cánticos armoniosos que daban gloria al gran Dios de Sabaot, ya no se quema aquel incienso suave que llenaba este aire de un olor misterioso. Todo es soledad, todo silencio, todo desolacion. Llenos de tristeza y amargura, salís de este templo, y os encaminais á vuestras casas para distraeros un tanto de las tristes ideas que os preocupan; mas ¡ay! que al entrar en

ellas, la primera palabra que os dicen vuestros hijos es: *Ubi est Deus tuus?* ¿Qué se ha hecho nuestro Dios? ¿á dónde se ha ido?—¡Ah! les decís con Jeremías: *Hæreditas nostra versa est ad alienos*¹: nuestro Dios se ha ido á otros pueblos mas dignos de poseerle que nosotros; y con él se ha ido tambien todo cuanto hacia nuestra verdadera felicidad.

Oyentes mios, todo cuanto he dicho hasta aquí no es mas que una mera suposicion, y no obstante observo que estais hondamente conmovidos, y con todo me parece que veo correr lágrimas: ¿qué seria, amados mios, qué seria, si esto llegase á ser una realidad? ¡Oh mi Jesús sacramentado! si nuestros pecados merecen castigo, dádnoslo en hora buena; pero que este castigo no sea privarnos de vuestra dulce y amable presencia. Por lo que hace á vosotros, cristianos, guardaos de darle motivos para ausentarse, guardaos de obligarle á buscar otros pueblos mas fieles y dignos de poseerle. Jesucristo hace como un padre que, habiendo perdido á sus hijos naturales, adopta otros y los sustituye en el lugar de los que perdió, es decir, que cuando un pueblo, en vez de honrarle en el augusto Sacramento, le ultraja y le ofende, él le abandona á su misma depravacion, y adopta otro mas atento y agradecido. Una triste experiencia nos hace palpar esta dolorosa verdad. Por muchos años honró Jesucristo á los pueblos del Oriente, estando gustosamente con ellos mientras ellos se le mostraron atentos y obsequiosos. Comenzaron despues á ofenderle con irreverencias y sacrilegios, con vicios y con pecados: ¿qué hizo él? Se trasladó á los pueblos del Occidente, dejando á aquellos en el cisma y en la herejía. Algunos pueblos del Occidente, como la Alemania y la Inglaterra, comenzaron igualmente á mostrarse ingratos á un tal beneficio, creciendo cada dia en el vicio

¹ Thren. v, 2.

y en la iniquidad : ¿qué hizo entonces Jesucristo? Los dejó, y fué á buscar nuevos adoradores entre los chinos y tonquineses, quienes recibieron agradecidos lo que estos miraban con desprecio.

Cuidado no suceda á vosotros otro tanto, cuidado en no dejaros arrebatarse por otros pueblos la bendición que os ha tocado por herencia ; porque os sucedería lo que sucedió al desgraciado Esaú. Habiendo Isaac llegado al término de sus días, llamó á sí á sus dos hijos, Esaú y Jacob, para echarles la última bendición y distribuirles su patrimonio ; y no obstante que Jacob era el mas pequeño, fue declarado heredero de la parte mas pingüe de sus bienes y posesiones. Viéndose Esaú postergado, comenzó á pedirle con lágrimas que le diese una bendición semejante á la que habia dado á Jacob : *Benedic etiam mihi, pater mi*¹. No puede ser, hijo mio, le respondió el moribundo padre, tu hermano ha sido primero, y se ha llevado la parte mejor : si absolutamente quieres una bendición, te la daré ; pero esta consistirá en que goces de la gordura de la tierra : *In pinguedine terræ... erit benedictio tua*².

Lo propio se os responderia si, despues de haber obligado con vuestras culpas á Jesucristo á trasladarse á otros pueblos, le pidiérais la gracia de volver á habitar entre vosotros. Vosotros, os diria, fuísteis los primeros en disfrutar de esta dicha, en medio de vosotros he tenido por largos años mi residencia y habitacion ; mas habiéndoos hecho indignos de tenerme por mas tiempo en vuestra compañía, me he dado como por herencia y bendición á otros pueblos. Pero ¿qué? Señor : ¿no teneis otra bendición para darnos?— Sí, tengo otra, pero muy diferente de la que he dado á ellos. A ellos les he dado la mejor y la mas principal, que es la posesion de mi Cuerpo

¹ Gen. xxvii, 34. — ² Ibid. 39.

adorable ; para vosotros no queda ya otra bendición que los bienes materiales de la tierra : *In pinguedine terræ erit benedictio tua*.

Disimuladme, cristianos, esta digresion, que por cierto no ha estado fuera de su lugar ; y continuemos examinando lo que sucederia si Jesucristo se hubiese ausentado de nosotros. ¡Ay! los efectos de su ausencia se sentirian de un modo tan palpable como doloroso. Viendo el infierno á la Iglesia desamparada de su divino Esposo, se arrojaría contra ella con todas sus fuerzas y furor, y la aniquilaría hasta en los cimientos. ¿En qué peligro no la puso ya en aquel triste tríduo que la vió privada de su presencia, por haber su bendita alma bajado al limbo? Vosotros sabeis que la puso en tal aprieto, que faltó poco para que todos sus miembros se dispersasen. Pedro se oculta, Tomás no cree, los discípulos huyen, las piadosas mujeres vacilan, todo el rebaño anda disperso y errante. Pues si en una ausencia de pocas horas el infierno halló medio para poner á la Iglesia en tan gran perturbacion, ¿qué seria si esta ausencia fuese perpétua? Y si estando ahora Jesucristo dentro la barca suscita el infierno tales tormentas, que á cada momento parece ha de irse á fondo, ¿qué sucederia sin su presencia? Todo lo contrario de lo que ahora sucede. Ahora no la espantan á la Iglesia todas las persecuciones que el infierno puede levantar contra ella, porque sabe que, teniendo á Jesucristo en su compañía, nada hay que temer : *Deus in medio ejus, non commovebitur*. Vengan los herejes á combatirla con sus errores, vengan los filósofos á hostilizarla con sus sofismas, vengan los tiranos á perseguirla con sus espadas, ¿qué lograrán? nada : mientras la Iglesia posea el santísimo Sacramento, todos sus esfuerzos serán vanos, y vanas serán cuantas diligencias hagan para destruirla : *Deus in medio ejus, non commovebitur*. Pero volvamos á suponer que la Iglesia hubiese quedado pri-